

EL RECUADRO

Probablemente, en ninguna otra actividad como en la industrial es tan evidente la necesidad de sustentar la competitividad que nos sacará de la crisis en un proceso de renovación de tecnologías e instalaciones industriales, es decir de investigación, de desarrollo y de innovación.

Pero ese deseable proceso de renovación e innovación habrá de ir indefectiblemente unido a una mayor y mejor oferta de formación, desde los dispositivos de orientación profesional hasta la formación universitaria y poniendo el mayor énfasis en las estrategias de aprendizaje permanente y los itinerarios flexibles de formación, la formación en el puesto de trabajo y el desarrollo de centros de referencia sectorial para la formación y la promoción de la cultura emprendedora y la formación de empresarios y gestores en nuevos modelos de gestión y organización.

Adoptar esa nómina de directrices para la formación de los trabajadores de todos los niveles, muy especialmente los industriales, es el modo más seguro de afianzar y aumentar el valor del personal cualificado, verdadero factor decisivo en la competitividad de un sector económico.

El actual modelo de formación continua ha demostrado, en más de una década de funcionamiento, ser el principal instrumento de las políticas activas de empleo, y una de las mejores herramientas de la sociedad española para adaptarse y aprovechar el cambio económico y tecnológico y la globalización en curso.

Sin él, contada seguridad, la destrucción de tejido productivo y consecuentemente de empleo hubiera sido mayor y, sin duda, la recuperación de la senda del crecimiento será mucho más costosa, no sólo en tiempo, sino también en términos económicos y sociales.

En el sistema de formación que las propias empresas y los trabajadores sufragan, sin recursos impositivos adicionales, está la clave para mejorar la competitividad del conjunto de nuestra economía que va a ser más determinante, si cabe, durante los próximos años, para competir en mercados cada vez más exigentes, y que, hoy, cuando es necesario incrementar la capacidad de nuestra economía de crear empleo sigue siendo imprescindible.

Pero, además, la inversión que las empresas y los trabajadores hacen en la formación cumple una doble función, de promoción social y personal para los trabajadores, especialmente para los grupos menos favorecidos, y de aprovechamiento de su capital humano y como un instrumento de gestión de primer orden, para las empresas.

El sistema de formación continua es en si mismo, además, un sector económico pujante y dinámico, cuya financiación y organización es modelo fuera de nuestras fronteras y se ha convertido en un factor de articulación territorial, de integración y de cohesión social, manteniendo sus principios básicos de protagonismo de los agentes sociales, ámbito estatal, libertad de adscripción y desarrollo de la formación, y unidad de caja, que se han mostrado hasta ahora eficacísimos.

El carácter sectorial de la formación permite dimensionar eficientemente los medios y las acciones a llevar a cabo, la adaptación de modo preciso la oferta de formación a las verdaderas necesidades de cada segmento de actividad y la reducción de la excesiva burocratización que podría convertirse en el mayor enemigo del sistema.

En este escenario, son difíciles de entender argumentaciones contra la formación continua con poca base real, que no toman en cuenta su calidad, el rigor de su ejecución y su grado de adaptación a las verdaderas necesidades del tejido productivo español.

La formación continua, es la más eficaz e inmediata para actuar contra la crisis y sus efectos, y sin necesidad, para su financiación, de recurrir al conjunto de la sociedad española, sólo a los que directamente se benefician de ella, contribuye decisivamente a la mejora del tejido productivo y del bienestar social conjunto.